

COMEDIA

ACEN DOS ACCOSIA

TITULADA:

HEO QUE PUEDE UNA ILUSION!!

original de D. Francisco Rueda,

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ

EN EL

Teatro Principal

DE PUEBLA.



IMPRESA ANTIGUA EN EL PORTAL DE FLORES.

1842.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Tellez

Biblioteca Universitaria

40442

07297

R81

6

442

PQ7297
. R81
L6

402

PQ7
.R8
L6



1080019392

Esta edicion es propiedad de su autor, y nadie podrá reimprimirla sin su permiso.



FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ



PERSONAJES.

MATILDE..... D.^a Inocencia Martinez.
 BRIGIDA..... D.^a Maria Martinez.

ACTORES.

EDUARDO.. D. Bruno Martinez.
 CARLOS..... D. Julian Arias.
 MANUEL (criado.)..... D. Amado Alarcon.



La escena pasa en una quinta ó rancho en las inmediaciones de Atilaco.



El Teatro representa una sala sencillamente adornada al estilo de una casa de campo, en el fondo una puerta que conduce al interior. Además dos puertas laterales, á la derecha en el primer término, una ventana con cortina; y en segundo á la izquierda, un costurero.



003132



ACTO 1.

ESCENA I.

MATILDE, BRIGIDA Y CARLOS.

Aparecen aquellas sentadas al lado de un costurero, haciendo alguna labor, y éste paseándose por el prosenio.

BRIGIDA.—[A Carlos.] Creo, si no me engaño, haberte oído decir el otro día que habías recibido carta de Puebla, ¿no es verdad, querido Carlos?

CARLOS.—(Aparte.) ¡Pardiez qué tenacidad! (en voz alta) Sí señora, se lo habré dicho como unas veinte veces. La carta llegó antes de ayer á Puebla, y mi esposa ha tenido cuidado de remitirmela aquí á Atlixco: me parece que ahora quedará vd. bien informada.

BRIGIDA.—Sí, sí, no soy tan sorda como tu me consideras.... Yo lo que quiero saber es el contenido de la referida carta.

CARLOS.—(Aparte.) ¡Voto al diablo! cuando digo que es menester una paciencia.... Bien, bien, aunque viene bastante lacónica, no obstante es lo suficiente para formar una idea del pretendiente de mi cuñada Matilde.

BRIGIDA.—Pero dime, Carlos ¿y ese jóven será de los del día, en los que no se encuentra sino una vana exterioridad?

CARLOS.—¡Qué disparate! No señora, es un jóven digno del mayor aprecio.

MATILDE.—(Aparte.) ¡Qué memoria tiene mi pobre tia!

CARLOS.—Ya me lo imaginaba yo, sí, es el bizarro Eduardo, mi antiguo camarada del [colegio de minería; y en verdad, querida Matilde, que semejante partido no deja de ser ventajoso.

BRIGIDA.—Sí, pero hasta ahora estoy en ayunas de todo cuanto la carta dice.... Tú no quieres hacerme el favor.....

CARLOS.—¡Cómo! (sacando la carta) Es muy justo! (aparte) aunque desde esta mañana que la recibí no me ocupo en otra cosa. (leyendo) ¡Hola! parece que viene dirigida á mí. „Querido Carlos te servirás decir á la señora doña Brígida, que mis sentimientos respecto á la encantadora Matilde, son los mas sinceros, que solo espero, para llevar al cabo mis intenciones una palabra suya, su consentimiento en la tal boda.”

BRIGIDA.—¡Es posible! ¡es Eduardo quien habla así!

CARLOS.—(Aparte) ¡Jesus me valga! Si señora, es Eduardo, es el jóven que solicita la mano de Matildita.

BRIGIDA.—Das unas voces tan descomedidas; así, así, como si fuese sorda: te entiendo demasiado.

MATILDE.—Mi tia tiene razon.... grita vd. tanto....

CARLOS.—Ya, pero....

BRIGIDA.—Ea! proseguid, proseguid.

CARLOS.—Veamos donde quedé.... hum.... hum.... ¡Ah! „su consentimiento en la tal boda. Ya tu sabes que cuento con un capital muy decente, noventa mil ps....

BRIGIDA.—¡Santos cielos! Con que el señor Eduardo posee noventa mil pesos.

CARLOS.—Cáspita! Parece que vá perdiendo la sordera.... ¡Ah! el dinero hace prodigiosos milagros!

BRIGIDA.—Además creo es una persona de una educacion esmerada, ¿no es cierto, Carlos?

CARLOS.—Si señora, y sobre todo una dote de noventa mil pesos....

BRIGIDA.—Al momento sale este guajolote, con sus chocareras majaderias. A propósito de boda: dime Matildita, tú consentirías?....

MATILDE.—Yo, tia mia, si me es permitido la franqueza, dígame que el señor Eduardo será muy santo y muy bueno, pero no me parece justo que una muger.....

BRIGIDA.—Qué muchacha?

MATILDE.—Deba sacrificar sus inclinaciones en las aras del vil interes, tanto mas, cuanto que para este proyecto de enlace no han precedido los requisitos indispensables. ¿Cómo quiere vd. que su sobrina se conforme á dar la mano de esposa á un hombre, que no conoce y por quien no siente el menor amor, y que no sabe si su figura acaso....

CARLOS.—Oh! por lo que hace á eso, puedo asegurar á vd. que luego que vea á Eduardo, se le desvanecerán todos esos infundados temores, sí, es un arrogante jóven, el Narciso de la fábula;.... pero hablemos de otra cosa, dígame vd. Matildita, si tuviese que vacilar en la eleccion de Eduardo y la mia, por cuál de los dos se decidiria?

MATILDE.—Yo....

CARLOS.—Es en vano que vd. me lo oculte, sus hermosos ojos me dicen que fijaria en mí su eleccion, ¡ah! no es extraño que habiendo formado la naturaleza dos seres tan idénticos entre sí, como son vd. y su hermana, no les haya dado igualmente los mismos gustos y caprichos; sí, son vdes. tan parecidas que es fácil equivocarlás: ese chulo mirar, esos lábios de carmin, todo, todo, hasta el metal de voz. Y si no el otro dia, creyendo ver la imágen de mi querida esposa, la he llamado por su dulce nombre, Luisa, Luisa, decia yo, llevado de tan quimérica como

agradable ilusion. ¡Ah! todo esto parece probarme que no seria repulsado, dado caso que aspirase á tan feliz himeneo.

MATILDE.—Veo que V. se olvida....

CARLOS.—Que soy casado, no es verdad?

MATILDE.—No es esto lo peor, sino que su muger es un tesoro.....

BRIGIDA.—Si vieras Carlos, estoy hecha un mar de confusiones y no adivino como....

CARLOS.—*(Aparte y registrándose el bolsillo.)* (Vamos) Esto quiere decir en buen castellano que vuelva á leer la carta?

BRIGIDA.—No hombre, digo que....

CARLOS.—Que está V. hecha un mar de confusiones y no adivina como....

BRIGIDA.—Cómo tu amigo Eduardo sin haber visto nunca á Matilde se atreve á solicitar su mano?

CARLOS.—La solucion de este enigma es bastante clara; talvez la habrá visto en alguna parte y....

BRIGIDA.—Sí, porque de otro modo no comprendo *(levantándose)* pero vamos, Matildita, tu por tu parte no dejarás de conocer que este proyecto acarrearía....

MATILDE.—Sí, mi eterna desgracia. *(levantándose)* Es cosa singular! hará como un mes que mi tia recibe una carta de una persona, cuyo nombre le es desconocido, el señor Eduardo. La carta únicamente contenia cuatro líneas, como la de hoy, y en ellas se reducía á pedir mi mano. *(á Carlos)* Vd. desde luego toma un calor por un nombre que acaso le recordará algun conolega, obligando á mi tia á que coadyuve este enlace; pero no, vive Dios que no se han de salir con la suya. Sabré oponer fuertes obstáculos para eludir todos sus conatos de especulacion, y si llegase á venir he de hacer todo lo posible porque no me vea.

BRIGIDA.—Bien, bien, hija mia, no pienses que trato de violentar tus sentimientos, coactando tu voluntad, tengo bastante experiencia y estoy segura que una muger sin amor es una roca inexpugnable, además que como supongo, te encontrarás bien á mi lado....

MATILDE.—Sí, tia mia, no quiero abandonarla en el último periodo de su vida.

BRIGIDA.—Considero muy justas tus deferencias, con las que veo procuras pagarme los sacrificios que he hecho tanto por ti como por tu hermana.... pero te prevengo una cosa y es, que cualquiera que sea el resultado del consabido proyecto, no reveles á nadie el secreto de que solo los tres somos partícipes.

ESCENA II.

LOS MISMOS Y MANUEL.

MANUEL.—*(Entrando.)* Perdone vd. señora Brígida, acaba de llegar un señor que, segun dice, quiere hablar con vd.

CARLOS.—Si fuese Eduardo?

BRIGIDA.—Chit... tú lo conoces? te ha dicho quién es? su nombre.... su nombre.... pronto.

MANUEL.—*(Con misterio.)* Yo, señora, no.... lo conozco, aunque me parece que es el pretendiente de la señorita Matilde.

CARLOS.—*(Aparte)* Bravo! esto de fiar en secretos!

BRIGIDA.—Mira bribonazo, y por dónde sabes tú que mi sobrina Matilde espera á su pretendiente? espícale cernicalo.

MANUEL.—*(Aparte)* ¡Qué simplon me hace la señorita, de atiro! Yo, como la niña es tan jóven, y luego tiene un estado, en que ninguna de estas cosas son estrañas. Además de que no hay como barrer las puertas para pescar y enterarse de los mayores secretos.

BRIGIDA.—Bueno! bueno! pillastron, te prometo que te he de quitar esa maldita maña de escuchar en las puertas lo que no te importa.

MANUEL.—Ah! no, no volveré á hacerlo por vida de quien es vd.

BRIGIDA.—Está bien, allá veremos. Anda y dí á ese señor que pase adelante; pero antes quiero saber su nombre, su nombre.

MANUEL.—Creo que es el niño don Eduardito.

BRIGIDA.—Cómo! Eduardito? estás cierto?

CARLOS.—No hay duda, él es, vuelo á su encuentro.

BRIGIDA.—*(Deteniendo á Carlos)* No, *(á Manuel)* hasle entrar en el instante, en el momento.

(sale Manuel)

MATILDE.—Seria conveniente que Carlos le diera alguna conversacion, mientras nos arreglamos un poco, estamos tan desaliñadas...

CARLOS.—Me parece muy bien, sí, andad.

LAS DOS.—Nos vemos, eh? nos vemos.

CARLOS.—Sí, sí, nos vemos.

ESCENA III.

CARLOS SOLO.

Ah! cuanto me alegro tener el gusto de volver á ver á mi querido Eduardo, oh! nunca podré olvidar que le soy deudor de importantes servicios. Calla! sien- to pasos, él es sin duda, sí, aquí está.

ESCENA IV.

CARLOS, EDUARDO. *(acompañado de Manuel.)*

EDUARDO.—Cielos! es ilusion? tú aquí amado Carlos?

CARLOS.—Sí, yo soy, aunque algo desfigurado, ya sabes el aire puro del campo....

EDUARDO.—Es muy salúífero.

CARLOS.—No hay duda.

EDUARDO.—Oh! qué encuentro tan propicio! Aunque no estaba seguro de poder hallarte aquí, sabía tu paradero y que en Puebla habias abjurado el celibato.

CARLOS.—Qué quieres? hay una época en la vida del hombre, que todas las ilusiones fenecen y el amor conyugal....

EDUARDO.—Se hace una necesidad, pero no veo un motivo, querido Carlos, para que los amigos se olviden de ese modo sin escribirse.

CARLOS.—Es verdad, pero bien sabes que se olvidan á veces, cuando uno es casado, por prudencia, por no dar que decir á la sociedad.

EDUARDO.—A no ser que la muger sea algun ángel de nieblas.

CARLOS.—Entonces el diablo que pare á su lado; pero tengo la satisfaccion de encontrarme en el caso contrario.

EDUARDO.—Luego tu muger es bonita.

CARLOS.—Mas que una Magdalena del pincel de Murillo, encantadora, en fin, Poblana, y con esto creo está dicho todo.

EDUARDO.—Es mucha verdad; pero ocupémonos de lo que mas me interesa, de Matildita.

CARLOS.—A propósito, amigo mio, yo desearia que me sacases de la penosa incertidumbre en qué me encuentro, sí: aunque he procurado paliarla delante de la señora Brigida, no obstante me admiro mucho de que estés enamorado de Matilde, á quien nunca has visto, ni hablado.

EDUARDO.—Precisamente es porque la he visto. ¡Ah! tú no sabes: este amor trae á mi memoria funestos recuerdos.

CARLOS.—Y cómo puede ser eso, cuando me consta que Matilde hay tres años falta de Puebla? ↵

EDUARDO.—Sí, es verdad, pero tú ignoras que en esa época me hallaba yo allí, en ese delicioso país en donde no es posible vivir sin amar, y fué donde quiero decir ví á la seductora Matilde, hermosa como la imágen de la divinidad y fresca como una rosa de Abril. Estaba entónces en casa de la señora Fermina, íntima amiga de tia, esa venerable anciana que tanto la queria. Durante los felices días que pasé á su lado, tuve motivos para persuadirme de que nuestro amor era recíproco.

CARLOS.—Ah! la bribonzuela nunca me ha dicho nada.

EDUARDO.—No es estraño, querido Carlos, hay cosas que una muchacha sepulta en su pecho las mas veces por justos rezelos, ya puedes comprender, (*aparte*) (si estuviese al corriente de todo, estoy seguro comprenderia mejor). Poco tiempo despues, porque como tú sabes, los momentos que se pasan en la felicidad son fugaces, me ví precisado á regresar á México. ¡Ah! esta despedida arrancó de nuestros ojos amargas lágrimas, y fué necesario que le asegurase volveria muy en breve á su lado; pero amigo mio, en medio de las distracciones que experimentaba en la corte del venturoso Anáhuac, bien pronto llegué á olvidar las mas sagradas promesas.

CARLOS.—Ah malvado!

EDUARDO.—En lo sucesivo mas tarde renovados tan tristes recuerdos por la imágen de mi amable Matilde que no dejaba un momento de perseguirme, mi cuitado espíritu se lanzaba como un rayo hácia aquellas pintorescas llanuras que fertiliza el delicioso Atoyac contemplando siempre á la gallarda Nereida, cuya ausencia suspiraba tanto.

CARLOS.—Cáspita! de cuándo acá te has vuelto tan romántico?....

EDUARDO.—Paulatinamente este pensamiento se gravó de tal

modo en mi alma, que logró ejercer sobre ella un imperio irresistible. Ya la residencia en México se me iba haciendo cada dia mas penosa, sí, lejos de alhagarme sus poderosos atractivos, buscaba solo la soledad y el retiro para soltar mas libremente las riendas á las penas que me devoraban; y hubiera salido antes de esa capital, si el cuidado de velar sobre mis intereses comprometidos en un proyecto de minas, no me habria servido como un fuerte obstáculo. Lució en fin la aurora feliz de un dia que nada se opuso á mi deseada partida, tuve riquezas cuando indeciso y trémulo me atreví á dirigir la carta que indudablemente habrás leído.

CARLOS.—Y por cierto que me ha costado mas saliva que si leyese las obras del Tostado.

EDUARDO.—Juzga cuál habrá sido mi alegría al saber que Matildita podia disponer de su mano, y de la emocion que dentro de poco me causará su presencia.

CARLOS.—Es probable que así sea, y estoy seguro que para ella será otro tanto. Por lo que hace á su tia puedes estar cierto de que cooperará por su parte al cumplimiento de tus designios. (*aparte*) (Los noventa mil pesos.) Perdóname un momento, con tu permiso voy á apresurar su venida. (*sale por el fondo.*)

ESCENA V.

EDUARDO SOLO.

¡Oh! yo estoy fuera de mí, no sé lo que en mi interior sucede, quizas la sorpresa que me prepara la vista de la muger que mas adoro en el mundo, ah! qué metamórfosis habrá sufrido durante los tres años que he vivido ausente de ella! cómo habrán variado sus lindas facciones: las mias en algun tanto pueden hacerla titubear, á pesar de que nunca habré perdido los derechos que tuve sobre su corazón. Si

no me engaño, calla! aquí viene mas hermosa que nunca, aunque me parece mas alta, yo lo creo, en tres años.

ESCENA VI.

CARLOS, BRIGIDA, MATILDE Y EDUARDO.

EDUARDO.—[A Brígida] Disimule vd. señora, una visita tan intempestiva, sírvame de excusa la zozobra en que me hallaba por ver á la señorita Matilde.

BRIGIDA.—(*Saludándolo afectuosamente*) Señor.... (*á Carlos*) (No me has engañado, tiene un porte muy marcial.)

CARLOS.—Y noventa mil pesos....he?

BRIGIDA.—Jesus! qué pesado estás! (*á Eduardo*) Señor, esta casa es muy de vd. y le suplico nos trate sin cumplimientos. Tengo el honor de presentarle á mi sobrinita Matilde.

EDUARDO.—Muy luego he tenido el gusto de reconocerla. Sus facciones no me son desconocidas.

BRIGIDA.—Cómo! vd. la ha conocido?....

CARLOS.—(*Aparte*) Bravo! parece no sabe que decir.

EDUARDO.—Sí señora, segun la pintura que de ella me ha hecho Carlos.

CARLOS.—(*Aparte*) Voto á chapiros! quiere resolver la oracion por pasiva....

EDUARDO.—[A Matilde] Y puedo asegurar á vd. señorita que el pintor no ha sabido dar á su cuadro toda la gracia y el claro obscuro del original.

MATILDE.—De veras? ja, ja, ja, qué lisongero es vd.!

EDUARDO.—[A Brígida.] Qué tal? dice que el pintor ha estado muy lejos de describir ni el mas ligero bosquejo de lo que es el original.

BRIGIDA.—Válgame los clavos de Cristo! Te he dicho y repito que no soy sorda.

EDUARDO.—[A Matilde] (*en voz baja*) Ah! vuelvo á encontrarla mas bella, mas hechicera que nunca.

MATILDE.—Cómo!

EDUARDO.—(*Secretamente*) Comprendo á vd. Nos observan, nó es verdad? Ah! buscad un pretexto para hablarla á solas, un minuto bastará para justificarme á sus ojos.

MATILDE.—Justificarse? y de qué?

BRIGIDA.—[A Carlos] (*en voz baja*) Te parece que aceptaría comer con nosotros este señor?

CARLOS.—Qué tontería! y por qué no? (*aparte*) así se estrecharian mas nuestras relaciones.

BRIGIDA.—[A Eduardo] Me tomo la confianza de rogar á vd. se quede á comer con nosotros hoy, hará vd. penitencia, pero....

EDUARDO.—No tal señorita. Ya debe haber dicho á vd. Carlos que soy enemigo de cumplimientos, me gusta solo el pan pan y el vino vino.

BRIGIDA.—Estoy con vd. en el momento voy á preparar....
(*salida falsa*)

CARLOS.—[A Matilde] Anda! buena alhaja! con que me has ocultado....

MATILDE.—Qué?

CARLOS.—Lo que ya se sabe, no quiero regalarte el oido.

BRIGIDA.—Matildita! Matildita!

MATILDE.—Voy tia mia, voy, (*á Carlos*) luego me dirá vd. lo que significa....

CARLOS.—(*Misteriosamente.*) No tengo ganas de dar satisfaccion á una muger que obra con segunda en las cosas mas sencillas.

BRIGIDA.—(*Como indignada.*) Matilde! Sus!

MATILDE.—Ah! no habia oido á vd.

(*Carlos figura conversar con Eduardo.*)

BRIGIDA.—[A Matilde] Y qué se dispone para la comida?

MATILDE.—Yo, qué quiere vd? No sé lo que vd. habrá pensado.

BRIGIDA.—No hay tantito mole?

MATILDE.—Ya, pero esto solo.

BRIGIDA.—Se harán unos tamales, chiles rellenos y algunos fri..... con su competente pulque.

MATILDE.—Y si ellos no son del gusto del señor Eduardo?

BRIGIDA.—No dices mal, será bueno informarnos antes de Carlos. Carlos! Carlos!....hum.

(*Matilde en este momento finge tener una fuerte tos*)
hum! hum! (*Carlos se acerca.*)

BRIGIDA.—[A Carlos] He dispuesto unos tamalitos y no sè....

EDUARDO.—(*Aparte*) Qué podrán decirse con tanto secreto.

CARLOS.—Está bien. Ah! los tamales me gustan mucho, me muero por ellos, y luego que voy sintiendo un vacío, aquí en la region abdominal.

MATILDE.—Se trata de saber si le gustan á su amigo Eduardo. A vd. sabemos ya....

CARLOS.—Que me muero por ellos; no obstante, veré si Eduardo es del mismo gusto. Eduardo, Eduardo, (*se hace señas de que se acerque*) hum!

EDUARDO.—(*Aparte*) Parece que me quieren hacer del complót.

CARLOS.—Se trata de averiguar si te gustan los tamales.

EDUARDO.—Ah! mucho, mucho, siempre que no falte algun licor.

CARLOS.—Con razon.

MATILDE.—[A Brigida] Dice que mucho.

BRIGIDA.—Mucho! qué guapo es! sobre todo, noventa mil pesos.

ESCENA VII.

EDUARDO, CARLOS, MATILDE.

EDUARDO.—[A Carlos] Vete, vete.

CARLOS.—Hein?

EDUARDO.—Que te vayas con mil diablos.

CARLOS.—(*Sonriéndose*) Sí, sí, te endiendo. (*Hace como que se acerca á la puerta.*)

MATILDE.—Qué! parece que Carlos tiene intenciones de dejarme sola con Eduardo. Carlos, Carlos.

CARLOS.—Hein?

MATILDE.—Qué significa eso, Carlos? no hay una hora que el señor ha llegado y yá quiere vd. dejarlo solo; vamos venga acá y aprenda á tener modales.

EDUARDO.—(*ha tomado la labor de Matilde*) Este bordado está muy precioso señorita. (*á Carlos*) Fragua una escusa pronto.

MATILDE.—Es obra de una hermanita mia, señor, á quien amo tanto, que vd. no puede figurarse. Como en nuestra niñez nos hemos criado juntas al lado de mi tia Brigida, hasta que el hado adverso nos separó; para hacer mas llevadera nuestra sensible ausencia, ella me remite sus labores principiadas y yo en reciprocidad las mias, de este modo alimentamos un cariño que ciertamente el tiempo hubiera hecho terminar.

EDUARDO.—Ese platonicismo es propio de almas en donde solo alverga la virtud.

MATILDE.—Ah! si vd. la conociera, es tan buena, tan virtuosa, nos queremos.....

CARLOS.—No como hermanas de las del día, egoistas y falsas.

MATILDE.—Oh! sí, me consta, aun conservo en mi cofre preciosos gajes y recuerdos suyos, de los que no me desprenderé sino con la muerte. Tengo recibidas tantas pruebas de su amor.

CARLOS.—Vamos, vamos, no hablemos de eso, no ha hecho mas que su deber.

MATILDE.—Su deber! Dios mio! No podré nunca borrar de mi memoria que durante una aguda enfermedad que esperimenté á su lado, mi pobre hermana vió correr quince dias en un continuo insomnio, prodigándome las caricias de la madre mas tierna, y sin dar á conocer la menor señal de aburrimiento; por

el contrario, no pudo lograrse que se separase de mi lado hasta que el médico la aseguró me hallaba ya fuera de peligro. Ah! vea vd. á lo que Carlos llama [hacer su deber.

CARLOS.—Si al hacer vd. el elogio de mi esposa, no hubiera omitido el suyo por modestia tal vez, el amigo Eduardo se convenceria de que tiene su hermana motivos para haber obrado así.

MATILDE.—Carlos?

CARLOS.—No, no me hará vd. callar, quiero orientar á Eduardo de todo lo que vd. ha hecho por su hermana, por mi esposa. Mientras estuvieron en medio de la horfandad hasta que lograron el amparo de su tia Brigida, ¿poseyeron vds. alguna cosa de que no disfrutaran las dos? sus gustos, sus caprichos, todo no era igual entre vds? Ah! solo una amiga de sus sentimientos podia ocultar todas estas cosas, dame un abrazo. *(Corre á abrazarle.)*

EDUARDO.—*(Deteniéndolo) (aparte)* Vamos! solo eso me faltaba...vete enhoramala.

CARLOS.—Déjame que busque una excusa prudente.

EDUARDO.—[A Matilde] Veo Matildita que en Carlos tiene vd. un amigo de los mas sinceros.

MATILDE.—Sí señor, es tan buen amigo como apreciable marido.

CARLOS.—*(Sacando su reloj)* Y si no, á la prueba me remito, como el correo no debe haberse marchado aun, voy á escribir á mi esposa cuatro líneas. *(á Eduardo)* Hein?

EDUARDO.—Bravo! ni un estudiante sopista lo hubiera hecho mejor que tú.

CARLOS.—Que quieres, para estas cosas solo á los mexicanos es dado el ingenio.

MATILDE.—Me temo que á estas horas no haya salido ya el correo.

CARLOS.—No, no, es bastante temprano, y luego con el caballo en dos minutos me pongo allá. Adios, nos vemos señor Eduardo, (qué sensible te habrá sido este pretesto!)

EDUARDO.—Sí, por su inoportunidad.

ESCENA VIII.

EDUARDO, MATILDE.

EDUARDO.—*(Con intrepidez.)* Al fin me es permitido hablarla, libre de testigos.

MATILDE.—*(Sorprendida)* Por qué sin testigos?

EDUARDO.—Y vd. me lo pregunta querida Matilde?

MATILDE.—Querida Matilde?... Estoy como quien ve visiones.

EDUARDO.—Si, soy demasiado culpable sin duda, lo conozco, esta indiferente acogida es bien digna de un perjuro, pero le suplico deponga esa mirada fria y severa, olvidando todo lo pasado y que solo piense en el arrepentimiento que me vuelve á sus brazos.

MATILDE.—*(Con frialdad)* Con quién habla vd. señor? Yo no me acuerdo tener ningun amante, tal vez será otra Matilde.

EDUARDO.—Otra Matilde! maldicion! puedo jurar á vd. por lo mas sagrado, que durante esos tres años de ausencia en que he apurado todas las heces del caliz del dolor, mi corazon solo ha palpitado por la que tan deveras supo amar.

MATILDE.—Cómo! vd. me ha amado tres años?

EDUARDO.—Y podrá dudarle?

MATILDE.—No señor...es que hasta ahora no lo sé.

EDUARDO.—Ah! dejad, dejad, por Dios, por su vida, esa ironia cruel, conjurada, si supierais? creedme, me matais.

MATILDE.—Pobrecito! *(aparte)* que lindo Trovador!